



HONDURAS, A UN AÑO DE LA ADMINISTRACIÓN OBAMA

Jorge Ceja Martínez*

A poco más de seis meses de distancia del golpe de Estado en Honduras, efectuado el 28 de junio de 2009, existen suficientes elementos para afirmar que los golpistas hondureños que violentaron el orden constitucional de este país centroamericano no actuaron solos. De hecho, dada su histórica dependencia y sumisión hacia Estados Unidos (E.U.), nunca hubieran actuado en solitario.

Desde los primeros momentos en que los militares que secuestraron al presidente constitucional Juan Manuel Zelaya hicieron escala en la base militar aérea de Soto Cano (o Palmerola) –bajo control de los marines estadounidenses- ubicada en Comayagua, Honduras, para después encaminarse a Costa Rica, donde deportaron a Zelaya, hubo muchos observadores que prontamente vieron la mano de Washington metida en este asunto. Entre éstos, James D. Cockcroft, a los pocos días señaló que

Detrás del golpe hay varias fuerzas sociales, económicas y políticas, de las cuales la más importante es la administración del presidente Barack Obama. Ningún cambio importante puede ocurrir en Honduras sin la aprobación de Washington. La oligarquía hondureña y las corporaciones transnacionales (bananeras, farmacéuticas) están defendiendo sus intereses como siempre lo han hecho, con un golpe militar.¹

Sería ingenuo suponer que los militares hondureños actuaron con independencia de sus pares en el Pentágono, institución que siempre los ha amantado. Los recibieron, entrenaron, adoctrinaron y graduaron en la tristemente célebre “Escuela de las Américas”, actualmente rebautizada como “Instituto de Cooperación para la Seguridad Hemisférica”, cuya sede se encuentra en el estado de Georgia. De esta sombría institución egresaron, por lo menos, dos de los militares que desempeñaron un papel clave en el golpe: el general Romeo Vásquez Velásquez, jefe del estado mayor, y el general Luis Prince Suazo, jefe de la fuerza aérea.

A través del tiempo las evidencias son cada vez más claras.

Entre éstas, encontramos la renuencia del gobierno de E.U. a admitir que lo acontecido en Honduras fue, tal cual, un golpe de estado. Así, mientras el mundo entero

* Dr. Jorge Ceja Martínez. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos de la Universidad de Guadalajara y miembro del comité editorial de *Contextualizaciones Latinoamericanas*.

¹ James Cockcroft. “Honduras: el momento de la verdad en la administración de Obama”. En: <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=88206>



condenó el golpe y exigió la restitución incondicional del presidente Zelaya², Washington se mantuvo lo más distante que pudo y acudió a los servicios de intermediación del presidente costarricense Óscar Arias para que éste mediara, a pesar de la contradicción, *a favor de las partes*. Papel en el que Arias cuenta con experiencia. Cabe recordar que durante su primer periodo presidencial (1986-1990) mientras que simultáneamente desplegaba esfuerzos por lograr la pacificación en la región centroamericana (gracias a lo cual obtuvo el premio Nobel de la Paz en 1987) toleraba la presencia de la *Contra* nicaragüense en territorio costarricense.³

Finalmente, la arrogancia de los golpistas, arropada en el respaldo de E.U., derivó en que la iniciativa Arias terminara en el cesto de la basura; a pesar de resultarle ventajosa al usurpador Roberto Micheletti y compañía, ya que premiaba la impunidad e invitaba a quienes quebrantaron la ley a compartir el gobierno.

Hoy queda claro que la estrategia fue ganar tiempo para evitar el retorno de Zelaya y llevar a cabo las elecciones del 29 de noviembre bajo el control y vigilancia de los golpistas. En este contexto, caracterizado por la celebración de comicios amañados, José Lobo resultó ser el candidato vencedor.

La celebración de los comicios se encaminó a blanquear el golpe militar y a otorgarle oxígeno a la dictadura. Como parte del ritual, pronto la embajada de E.U. en Honduras festejó lo que definió como una gran celebración de la democracia. En este juego de simulaciones, el gobierno de Costa Rica reconoció la *legalidad y legitimidad* de los comicios y, por lo tanto, de sus resultados. No es de extrañarnos que los gobernantes latinoamericanos de derecha, siempre proclives a acatar los designios de Washington, sigan la ruta de Costa Rica.

Entre otras evidencias que nos hablan de la participación en estos hechos del gobierno de E.U., se encuentra la falta de interés del presidente estadounidense Barack Obama por reunirse personalmente con Zelaya. Ello evidenció su ausencia de voluntad política para comprometerse a encarar como prioritaria la exigencia por la restitución

² Incluyendo a la Unión Europea, la Organización de las Naciones Unidas, la Organización de los Estados Americanos, el Mercado Común del Sur, la Unión de Naciones Suramericanas y, entre otros organismos multinacionales, la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América.

³ Hacia mediados de 1989, Ricardo Wheelock Román, jefe de inteligencia del ejército sandinista, reconocía la presencia de 400 miembros del grupo armado contrarrevolucionario Alianza Revolucionaria Democrática (ARDE) instalados en territorio de Costa Rica. "News of Contras' Death Greatly Exaggerated. Interview with Lieutenant Colonel Ricardo Wheelock Román". *Envío*, núm. 95, junio de 1989. <http://www.envio.org.ni/articulo/2707>



del mandatario depuesto. El tema quedó en manos del Departamento de Estado y del grupo de halcones vinculados a la política exterior intervencionista en la región. Muchos de estos personajes con un negro historial en diversos países latinoamericanos donde contribuyeron a la inestabilidad política, a la regresión autoritaria y al crecimiento de la violencia. Entre estas amargas experiencias se encuentran los golpes de Estado efectuados en Chile (1973) y Venezuela (2002). Llama la atención la manera grotesca y prepotente en que diversos funcionarios de la administración Obama regañaron a Zelaya cada vez que éste ejercía su legítimo derecho de proponerse regresar a su país; haciéndole sentir que no debiera retornar sin la aprobación de E.U., como si Zelaya fuera el capataz de una colonia gringa, y no el presidente de un país soberano.

Otra demostración más de dicha intromisión lo constituyó (y lo sigue constituyendo) la indiferencia de Washington ante la gravedad de las violaciones a los derechos humanos cometidas por el gobierno de facto. Si algo remotamente parecido estuviese sucediendo en Cuba o Venezuela, el gobierno de E.U. hubiese encabezado una cruzada internacional por la defensa de los derechos humanos.

Una de las primeras medidas implementadas por el gobierno de Micheletti fue imponer el Estado de sitio con la finalidad de suspender las garantías constitucionales del pueblo hondureño, entre éstas la libertad de tránsito, reunión y manifestación. Inmediatamente el país quedó militarizado lo que dio pie a miles de detenciones arbitrarias; al uso de la violencia física en contra de los opositores al golpe; a la colocación de retenes militares y prohibición del paso a lo ancho y largo del territorio; la toma violenta y el silenciamiento de los medios de difusión que mantenían una posición crítica con respecto a lo que sucedía en el país, lo que canceló el derecho a la información; allanamientos a casas y sedes de organizaciones sociales; la reactivación de los escuadrones de la muerte para eliminar extrajudicialmente a los disidentes e intimidar a la resistencia; el asesinato de manifestantes en plena luz del día; y entre otros métodos atroces instrumentados por las fuerzas represivas, se halla el uso de la tortura, la violencia sexual y la desaparición de personas. Todos lo anterior efectuado en la más absoluta impunidad.

Nada permite suponer que José Lobo, simpatizante del golpe, cambiará este orden de cosas. Si el proceso electoral por medio del cual alcanzó la presidencia del país es ilegítimo, también lo será su gobierno.

Todo parece indicar que la oligarquía hondureña sigue dispuesta a desempeñar el papel de comparsa que los empresarios transnacionales y el gobierno de Estados Unidos



históricamente le han encomendado. Durante la década de los ochenta del siglo pasado, las elites hondureñas permitieron que el suelo de la nación fuera mancillado por los marines estadounidenses y sus criaturas, la *Contra*: grupo terrorista responsable de realizar miles de asesinatos y violaciones a los derechos humanos en las comunidades fronterizas asentadas en Nicaragua, cuyas víctimas en su mayor parte fueron civiles, particularmente mujeres y niños. Entonces Honduras fue utilizada como plataforma de lanzamiento de agresiones a los países vecinos.

Hoy, frente al resurgimiento de gobiernos progresistas y nacionalistas en diversos países de América Latina, de nuevo la oligarquía hondureña se pone al servicio de los intereses en la región del imperialismo estadounidense. El gobierno de Zelaya, resultó ser un obstáculo para la consecución de este propósito; tanto por haber propiciado la incorporación de su país a la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), como por haberse atrevido a pensar en la posibilidad de abrir un poco los espacios institucionales para la participación popular. A la clase empresarial (local y extranjera) también le molestó que Zelaya hubiese decretado un aumento significativo al salario mínimo, a pesar de la alarmante pobreza en que se encuentra la mayoría de la población. La “democracia” se estaba saliendo del redil al que ha sido confinada por las elites: es decir, a procedimientos mediante los cuales el pueblo elige a cualquiera de los candidatos postulados por los partidos de la oligarquía: el Partido Liberal de Honduras (fundado en 1891) o el Partido Nacional de Honduras (fundado en 1903).

En la “Declaración de Siguatepeque” suscrita, el pasado 10 de diciembre, el Frente Nacional de Resistencia Popular Contra el Golpe de Estado señaló cuál fue el móvil clasista perseguido por las elites nativas y extranjeras

Los enemigos del pueblo; la oligarquía explotadora que se lucra con la miseria de los trabajadores y trabajadoras, y el robo de los bienes públicos; las empresas transnacionales que saquean al país y estafan al Estado; los dirigentes de cúpulas eclesiásticas, mercaderes de la fe y aprovechadores de la ignorancia; los militares y policías siempre prestos a asesinar, violar y mancillar al pueblo por dinero; la falange de serviles que por alienación o interés son vigilantes de las riquezas robadas por otros; todos ellos, los que por muchos años usaron una débil democracia representativa como método de validar su poder político y su sistema económico de explotación y marginamiento, terminaron por desnudar su naturaleza genocida y totalitaria, y cerraron aún esos pequeños espacios de participación que permitieron, por primera vez desde que el proyecto morazánico fuera detenido, que un líder inesperado cuestionara la hegemonía de



los millonarios y se atreviera al imperdonable pecado de dar al pueblo la oportunidad de hablar y decidir.⁴

El golpe de Estado y la posterior farsa electoral fue el método que instrumentaron los sectores autoritarios y conservadores para que las cosas volvieran a su estatus tradicional, al orden convencional. Es “La intención de regresar a una Latinoamérica propiedad de la Texaco, la United Fruit Company, la Bayern, la Esso, La Carguill, La Alcoa y otras” (*SIC*) se dice en la “Declaración de Siguatepeque”.

El primer año de la administración de Obama, quien tomó posesión del cargo el 20 de enero de 2009, proporciona elementos fehacientes y suficientes que demuestran que la política exterior tradicional de E.U. hacia América Latina seguirá siendo tradicional; es decir la misma que ha estado vigente desde que, en 1823, surgió la Doctrina Monroe.

En su discurso de apertura en la V Cumbre de las Américas (realizada del 17 al 19 de abril de 2009, en Trinidad y Tobago), Obama declaró que él

no había llegado [al encuentro] para debatir sobre el pasado, sino para encarar el futuro. Creo, como algunos de los oradores previos lo han afirmado, que debemos aprender de la historia, pero no podemos quedar atrapados por ella. Como vecinos tenemos responsabilidades entre nosotros y hacia nuestros ciudadanos. Y al trabajar juntos, podemos dar importantes pasos para avanzar en la prosperidad, la seguridad y la libertad.”⁵

Todo indica que esa manera de “encarar el futuro” de las relaciones de E.U. con América Latina y el Caribe, sigue atrapada en el pasado. Y no porque quienes desde el Sur insistan en la importancia de preservar la memoria histórica quieran quedar “atrapados en ella”; sino porque no es posible que la política exterior de E.U cambie cuando su lógica de dominio permanezca intacta. Desde la lógica de quienes se favorecen de las asimetrías y de la exclusión social “la prosperidad, la seguridad y la libertad” no deberán ser una realidad para todos. No lo deberá ser para la mayoría de los hondureños, como tampoco deberá serlo para cualquier pueblo que busque la construcción de una auténtica democracia. En su discurso de toma de posesión como

⁴ “Declaración de Siguatepeque, Frente Nacional contra el Golpe de Estado”
http://voselsoberano.com/v1/index.php?option=com_content&view=article&id=3173:declaracion-de-siguatepeque-frente-nacional-contr-el-golpe-de-estado&catid=1:noticias-generales

⁵ President Obama’s Opening Statement at Americas Summit●
<http://www.trinidadandtobagonews.com/blog/?p=1101>



presidente de su país, Obama señaló “Sepan que América es amigo de cada nación y de cada hombre, mujer y niño que busca un futuro de paz y dignidad y que estamos listos para conducir una vez más”.⁶ ¿Por qué se les niega este futuro a los hondureños? ¿Por qué la “conducción”, una vez más, ha llevado al atropellamiento de la modesta democracia política hondureña?

Se trata de un pasado que perdura y pervive en el presente. En el que –como apunta Borón- la presencia y accionar de los intereses imperiales resultan un obstáculo objetivo que frustra reiteradamente las aspiraciones democráticas de América Latina.

Sea por su afán de preservar obsoletas algunas áreas de “influencia”, o por una obsesión geopolítica dirigida a garantizar la seguridad nacional, presuntamente amenazada hasta por los más pequeños países del área; o simplemente por una secular predisposición a defender y a empañar mezquinas ventajas para algunas firmas con las cuales muchas veces los Estados Unidos identificaron sus intereses nacionales, el hecho es que la superpotencia ha desempeñado un papel poco constructivo, por no decir funesto, en la convulsionada historia de la democratización latinoamericana.⁷

El tema no es que estemos “atrapados en la historia”, sino que ésta –que habla del adverso papel que el imperialismo ha desempeñado para obstruir los anhelos libertarios de los pueblos latinoamericanos- sigue reeditándose, independientemente del personaje, del partido político y del equipo que se encuentre al frente de la Casa Blanca.

A finales de diciembre de 2009, el presidente constitucional Zelaya afirmó que una de las causas del golpe de Estado obedeció a la existencia de petróleo en el Caribe de Honduras, ya que su gobierno “Había firmado un acuerdo para hacerse cargo de esas exploraciones, en el contexto de una serie de convenios que había signado al adherir a Honduras a la Alternativa Bolivariana para nuestra América”.⁸

Por su parte, el acuerdo firmado entre E.U. y Colombia que permitirá la instalación de bases militares estadounidenses en el país andino; la continuación del bloque comercial, financiero y económico en contra de Cuba; la criminalización de los gobiernos que buscan vías para el desarrollo incluyente; y, entre otras cosas, el golpe de Estado en Honduras nos hablan de que, a pesar de la llegada de Obama a la Casa Blanca, el espíritu de los Bush sigue presente. Incluso, si observamos la política exterior de E.U. a escala mundial, podemos decir que Obama la ha fortificado.

⁶ *San Jose Mercury News*. Enero 21, 2009. p. 13.

⁷ Atilio Borón. “La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas”. En: *Modernización económica, democracia política y democracia social*. México: El Colegio de México-Centro de Estudios Sociológicos, 1993, p. 48.

⁸ *Diario La Jornada*. México. Diciembre 26, 2009. p. 19.



A pesar del panorama antes descrito, cabe destacar el papel que ha desempeñado la resistencia civil y pacífica en Honduras. Como también el pronunciamiento que han hecho diversos gobiernos del mundo al señalar que no reconocen la elección del 29 de noviembre y, por lo tanto, sus resultados. Si bien el futuro se ve incierto para todos – unos se resisten para que ese negro pasado deje de reeditarse en el presente y simultáneamente trazan rutas alternas, otros se aferran al viejo orden- resulta alentador observar la proliferación de los movimientos populares. Estos son efecto directo de un viejo orden incapaz de asegurar y prometer una vida digna para todos. En esta lucha por la inclusión social y política, la resistencia hondureña es un movimiento por la vida, la paz y la dignidad.